

bajo me gusta, lo hago fácilmente y de prisa; pero cuando me encocora, me matarían antes que sacar una idea del cerebro.

—Todos los grandes compositores han tenido una facilidad extraordinaria. Rossini escribía un acto de ópera en tres días, y Harry mismo no pudo componer su *Atala* más de prisa.....

A estas palabras una sonrisa, apenas perceptible, se dibujó en los labios de Derstal, y una ola de sangre enrojeció el rostro del joven yanqui. Susana se detuvo ante el efecto producido por su imprudente afirmación. Los tres sintieron que se apoderaba de ellos profundo malestar. La mirada de Harry se había velado, sus labios se crisparon y su rostro adquirió una expresión muy grande de rudeza.

—No es una cuestión de facilidad de lo que se trata, es cuestión de oportunidad—dijo Derstal.—No creo conveniente, para mí, dar esta obra antes de haber estrenado *La Veneciana*. Sería exponerme á que me reprochasen el que me entregase á la producción comercial. Porque, en conciencia, ¿qué razones podría tener para hacer estrenar una obra en América, no siendo las de ganar mucho dinero?

—Nadie podría decir que son malas—exclamó Harry, sonriendo intencionadamente.

—Pues aún se puede dar otra mejor—agregó Susana con firmeza, —que no tiene vuelta de hoja: la de que se quiere favorecer á América, que es nuestro país, y satisfacer á nuestros amigos

de Nueva York, que tienen derecho á esperar algunas deferencias del marido de Susana Brandón.

—¡Querida mfa!—dijo Derstal con cierta displicencia.—Te suplico que no hagamos intervenir el patriotismo en un asunto puramente artístico.

—El patriotismo no tiene nada que ver con esto; pero sí tienen que ver mi amor propio y la satisfacción de mi familia. Yo deseo, por encima de todos, y á mis padres les sucede lo mismo, el brillo de nuestro nombre. Ningún país del mundo ha de parecerme mejor escogido que aquel de donde somos originarios para hacer una manifestación artística que sirva para engrandecer tu renombre. Sabes que un éxito en Nueva York no será un éxito perdido. Se hablará de él en el mundo entero, y tan ruidosamente como si le hubieses tenido en París. No ignoras tampoco que al otro lado del Atlántico somos algo, desde el punto de vista musical. Todos los grandes cantantes que hacen excursiones artísticas, cobrando sueldos fabulosos, reconocen que se les aprecia en su justo valor y algo más. No debes, pues, desdeñar el escribir una obra para el *Cosmopolitan* y para el coronel Bartisson. Yo te respondo que éste sabrá organizar una serie de reclamos como nunca has podido soñar, y en ningún caso tendrás que lamentar el haberte confiado el cuidado de presentar tu producción á nuestros compatriotas.

—Todo lo que me dices es cierto; yo no desprecio tu país, pero para dar una obra al *Cosmopoli-*

tan lo primero que hay que hacer es escribirla, y esto es precisamente lo que me repugna.

—¿Y por qué?—preguntó Susana, fijando con asombro los ojos en su marido.—¿No tienes firmado un contrato, por el cual te comprometes á ello?

—Lo tengo firmado.

—Entonces estabas dispuesto á cumplirlo. Un caballero no falta nunca á sus compromisos.....

—Yo me resigné á tratar este asunto en una hora fatal para mí; pero apenas contraído el compromiso, ya lo lamentaba..... Debido á esto me encontraron ustedes en Venecia, en donde vivía con la mayor modestia, trabajando en mi nueva obra, y sin más fin que el de librarme de esta deuda haciendo economías, y poniéndome á flote dando mi *Veneciana* en la Ópera.

—Pues bien, envía *La Veneciana* á Bartisson; yo respondo de que aceptará el cambio.....

—¡Eso nunca!—exclamó Derstal, con una vehemencia que no pudo contener.

—¿Y por qué?—preguntó con interés Susana.

—Porque he dado mi palabra en la Ópera, primero, y porque para mi carrera es importantísimo que esta obra sea estrenada en el mismo escenario en que triunfó mi primera producción. Huyendo de la Ópera, parecería que tengo miedo á la batalla. Yo sé que el público me espera con gran curiosidad, con interés por parte de algunos, y con malevolencia por parte de otros. No quiero de-

fraudar las esperanzas de todos privándoles de oír las primicias de mi *Veneciana*..... La alabarán ó la desdeñarán, como se les antoje á aquellos que me quieren ó me odian; pero será en París en donde se cantará por primera vez.

Reinó un rato de silencio, que sólo fué interrumpido por el ruido de la lima al afilar las uñas de Susana. Luego se oyó la voz de Harry que decía:

—Empieza por terminar *La Veneciana*, y entonces dispondrás de ella como mejor te acomode.

—¡Ah! Si estuviese tranquilo, siquiera fuesen dos meses—dijo Derstal suspirando.

—¿Acaso no lo estás?—repuso Susana.—Confieso que me asombra, Oliverio. ¡Cómo! ¡Si no tienes otra cosa en qué pensar que en tu música! Desde que sale el sol hasta que se pone estás libre, ¿y aún te quejas?

—¡Libre!—exclamó el compositor.—Ó te burlas ó no sabes la libertad que un artista necesita. No hay en el mundo hombre menos libre que yo.

—¿Qué dirán entonces los pobres que tienen que trabajar para ganarse la vida?

—Dirán que trabajando para vivir, si el trabajo es notable, sacan provecho ó gloria. Cumplen su destino con su labor, y esto sólo es una felicidad. Únicamente son dignos de compasión los ociosos, y un ocioso soy yo, Susana.

—¿Y por qué lo eres?

—Porque no puedo ser otra cosa; porque la at-

mósfera en que vivo me ahoga; porque no tengo una hora de reposo en el dorado engranaje de nuestra existencia, y porque es preciso estar siempre á tu alrededor, sin iniciativas, sin autoridad, sin independencia. ¿Tú sabes cuál es, en las cortes extranjeras, el destino de un príncipe que se casa con la soberana? Estar sentado en las gradas del trono, vivir en el resplandor de la realeza y ser saludado como un monarca, cuando no es más que el marido de la reina. Yo soy una especie de marido de la reina. Me avergüenzo por momentos, y sobre todo cuando me doy cuenta de que ya no tengo valor propio, ni más importancia que la que me da el prestigio de tus millones.

—Eres un ingrato, Oliverio—exclamó Susana con voz temblorosa.—Un poco más, y me acusarás de ser la causante de lo que sucede, de tu obscurecimiento.

Al oír estas palabras, Derstal palideció.

—¿Ves? Tú misma lo confiesas: mi obscurecimiento es un hecho incontestable. Me pierdo sin salvación posible viviendo estérilmente unos días que hubieran debido ser los más fecundos de mi vida. ¡Ah! Susana, tengo un destello de clarividencia en medio de las tinieblas en que vivo desde hace un año. Si sientes hacia mí algún afecto, un poco nada más, consiente en que cambie mi vida actual y devuélveme la libertad de pensar y producir.

—Querido amigo, me desesperas verdadera-

mente, y no puedo explicarme las causas de tu nerviosidad—dijo Susana con sincera aflicción.—¿Qué pasa por ti? ¿Ha sido la carta de Bartisson lo que te ha turbado de semejante modo? No te preocupes. En el contrato se fija una cantidad para caso de incumplimiento. Si no puedes ó no quieres escribir la partitura que te reclaman, nosotros pagaremos la cantidad convenida, y no hay que hablar más de este asunto.

—¡Nosotros pagaremos la cantidad convenida!—replicó Derstal con amargura.—Está bien. La deuda contraída será pagada por mí. Tengo derechos que cobrar, y reembolsaré á tu padre.

—¡Vaya una ocurrencia!—dijo la joven riendo.—Eso no tiene ninguna importancia. ¿Qué puede significar para mi padre el tener que dar cien mil francos á Brandisson? Sabes que su parte de comandita en la explotación del *Cosmopolitan*, con Astor, Vanderbilt, Gould, Morgan y algunos otros, le supone el triple de esa cantidad todos los años. Lo único que mi padre habrá de sentir será no poder enviar la obra á sus amigos de América. Confieso que era un triunfo de amor propio que le satisfaría en extremo. Todos esos señores de mi país pueden hacer grandes cosas, crear museos, hospitales, hoteles; pero todo esto está al alcance de cualquier hombre rico: con sólo tener dinero, se puede hacer tanto y más. Mientras que favorecer la vida mundana de Nueva York con la creación de una obra capital de un maestro ilustre, era un

hecho sensacional, la realización maravillosa, la rareza única. Contaba con ello, y tú le procurarás una gran decepción; pero de ningún modo podrá ni querrá obligarte á ello. Pagaré por no satisfacer un deseo, y todo quedará ahí. Mi padre no te hará un solo reproche; en su género, es un gran señor.

Toda la cólera que sentía Derstal desapareció repentinamente con esta ducha de razonamientos helados y desdenosos. Recobró la posesión de sí mismo y reflexionó. Dejó de mirar la cuestión desde el punto de vista personal. Las condiciones de su vida, con relación á su mujer y á la familia de su mujer, se presentaron á sus ojos con extrema claridad. Llegó al extremo de preguntarse si no estaba faltando al pacto tácito estipulado al casarse con la hija del archimillonario, y si no estaba en camino de defraudar las esperanzas que los Brandón habían fundado sobre su talento. No se le había acogido en aquella familia ni por su nacimiento, ni por su belleza, ni por su fortuna, y sí únicamente por su talento. Y este talento, como árbol que se marchita con un viento ardoroso, había dejado de adornarse con flores y frutos, se había esterilizado, y los que se habían enorgullecido de antemano con su producción, sólo tenían delante un tronco sin savia. Movi6 la cabeza, hizo un gesto de desesperación como para ahuyentar las ideas importunas, y, levantándose, se puso á recorrer la habitación dando largos pasos. Luego,

algo más tranquilo y con mirada serena, se acercó á su mujer y la dijo:

—Veo que tienes razón. Yo no tengo el derecho de causar á tu padre la decepción que le espera si no escribo la obra para el teatro de Nueva York. Al casarnos, cada uno de nosotros aportó lo que tenía: tú, querida Susana, aportaste tu fortuna á la comunidad y yo mi talento. Tú no has faltado á nada de lo convenido. Desde que soy tu marido he vivido constantemente con un lujo de príncipe; pero durante este tiempo no te he proporcionado ninguna satisfacción artística. Hablando en el lenguaje de negocios, puedo decir que estoy «en déficit». Tengo grandes deseos de pagar mi deuda, pues no sé lo que podríais pensar de mí si no hiciese honor á mi firma. Entre tu familia y yo existen compromisos morales que son mucho más sólidos que los materiales. Debo, y pagaré. A partir de mañana, empezaré á trabajar en la ópera para el *Cosmopolitan*.

Susana se había puesto en pie, y saltando al cuello de Derstal, le dió un beso con el mayor entusiasmo.

—¡Me alegro! ¡Me das una buena noticia!—exclamó la joven.

Después, retrocediendo un paso y amenazando á Derstal con un dedo, añadió:

—No sé por qué te demuestro mi satisfacción, cuando tanto te ha costado decidirte á ser complaciente. Es difícil mostrarse más áspero en la

forma y más amargo en el fondo. Pero no importa; yo te lo perdono en honor de la resolución que acabas de tomar. Tendremos obra, y eso es lo esencial; y como no es posible que escribas música sin que sea perfecta, cuento con una obra admirable.

Harry hizo un gesto, en el que se adivinaba su envidia, y dijo con displicencia:

—Además, como Oliverio tiene tanta facilidad, escribirá la obra en dos plumadas.

—No lo creas—replicó Derstal;—pondré en ella mis cinco sentidos. No olvido que la obra llevará mi nombre, y, por lo tanto, no puede ser cosa de improvisar como para..... una obra cualquiera.

La alusión á *Atala* era tan directa, y el desprecio por la obra se ponía tan de manifiesto en la contestación de Derstal, que los dos hermanos enrojecieron. Harry bajó la cabeza con indiferencia, y cerró los ojos para disimular la expresión de su furiosa cólera. Sus manos temblaron. Todo el rencor que sentía en contra de su cuñado, nacido de las humillaciones que había tenido que sufrir á causa de *Atala*, se concentró y precisó en un odio mortal al adivinar el completo desdén que Derstal sentía por él desde el punto de vista profesional. Se sintió tan vejado por el poco caso que Derstal hacía del concurso prestado á la obra aplaudida, que deseó ardientemente poder devolver al compositor el daño que inconscientemente acababa de hacerle. Queriendo dominarse, dijo:

—Si cuando llegue el momento de instrumentar cree usted que puedo serle útil en algo, ya sabe, mi querido Oliverio, que me consideraré muy dichoso devolviéndole una ayuda que ya he recibido.

—Gracias, Harry. Ya sabe usted que la instrumentación es un juego para mí. Si el trabajo estuviese tan adelantado, no me preocuparía tanto. De todos modos, le agradezco mucho su buen deseo....

Se levantó, cogió la carta de Bartisson, y después de algunas frases indiferentes, se dirigió á su gabinete de trabajo. En uno de aquellos muebles dormía el libreto del caballero Carpetti. Lo cogió y se puso á hojearlo junto á la ventana, y poco á poco sus ideas tomaron otro rumbo, y dejó de pensar en la obra para recordar las circunstancias en que había aceptado el compromiso de escribirla. Su corazón se oprimió. El día aquel había sido ingrato y desleal por primera vez. Al firmar el contrato con Bartisson había empezado á traicionar su arte y á abandonar á Eva. ¿Y por qué? Pues porque se había considerado incapaz para poder vivir modestamente y trabajando.

Alucinado por las alabanzas, había cedido á los avances de los ociosos, que querían apoderarse de su celebridad y gozar de su talento; y por algunas satisfacciones fútiles y vanas, por los triunfos de los salones y los apoteosis de comedor, había abandonado la existencia obscura y prudente que le había procurado el triunfo. En lugar de continuar

siendo el artista libre que componía en la seguridad y alegría, se había convertido en el servil parásito que acompaña, con mentirosas adulaciones, á las cantantes mundanas que destrozan la música de los maestros. Había trocado su independencia por una lujosa domesticidad. ¡Pobre Derstal! Tan abatido y tan triste, por estarlo y darse cuenta de ello, ya no le quedaba el recurso de escapar á Venecia, como lo había hecho en una hora de orgullo, para vivir en la modesta casa de un panadero y trabajar en la obra de sus ensueños. Le unían á la casa Brandón lazos indisolubles; formaba parte del personal como los jefes de comedor y los cocheros; era el marido de Susana, un personaje de la escolta que, como comparsa indiferente, pasa por entre el brillo de los millones y el esplendor de los *trusts*, por algo así como un músico aplaudido, encargado de distraer á la señora, á la familia y á los amigos; un pianista á sueldo, un hombre bien vestido, bien alimentado y bien pagado. ¡Una nulidad! ¡Nada! Hé ahí en lo que se habían convertido sus esperanzas, el modo como terminaba una carrera tan brillantemente principiada.

Al hacerse tan lamentables reflexiones, Derstal no sintió cólera; pero una gran tristeza se apoderó de él. Pensó: «No tengo más que dejar de vivir como vivo desde hace un año para volver á ser el mismo hombre que era antes. Mi decadencia no depende más que de mi voluntad. Tenga yo el valor nece-

sario de encastillarme en mi gabinete de trabajo, cosa que soy muy dueño de hacer, y volveré á soñar, á concebir, á producir. Mi mujer no tiene necesidad de que la siga y la acompañe á todas sus visitas, á los paseos, á los *lunchs* de las tardes y á las comidas y recepciones de las noches; que organice ella sus diversiones sin desorganizar el método de mi trabajo; que cada uno haga lo suyo y siga sus preferencias. Un marido no es un lazarrillo que no pueda separarse de su dueño. Ya es tiempo de variar el régimen de vida. Supongamos que el año que acaba de transcurrir ha sido sacrificado al amor: una luna de miel que ha durado doce meses. Ahora debemos formalizarnos y hacernos mutuas concesiones. Escribiré la obra para América y me servirá de preparación. Suceda lo que suceda, no tendré que avergonzarme de haber escrito una obra para la exportación. No seré el primero que habrá cedido á los ofrecimientos del extranjero. Todos los días, para Inglaterra y para Alemania, lo hacen los autores dramáticos, y no se les considera deshonrados por recibir las guineas ó los marcos de nuestros vecinos. Lo importante es escribir buena música, y de esto me encargaré, por la cuenta que me tiene. Han encontrado bien la música de *Atala*, escrita desaliñadamente y sin poner en ella la menor atención, y hasta han asegurado que era excelente. Me perdonarán la obra para América si acierto haciendo algo que tenga verdadera novedad. Vamos, aún no está todo per-

dido; lo único que hace falta es firmeza, atar bien todos los cabos, encastillarse en esta ciudadela del trabajo, dejar á un lado el frac y en el fondo de un cajón de la cómoda las corbatas blancas, para no volverlas á ver en todo lo que queda de invierno.»

Después de tomada esta resolución, Derstal se sintió más fuerte. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se atrevió á mirar sin miedo el porvenir. Ya no se vió ahogado por la fúnebre obscuridad, en la que desaparecían todas sus esperanzas. Ante sus ojos se ofrecía un horizonte amplio y azul. Se sentó al piano, y con un vigor en el que se reflejaba su íntima alegría, atacó el canto del segundo acto de *La Veneciana*, aquel hermoso canto apasionado y doloroso que nunca fué cantado sin conmover profundamente al auditorio:

*Si tu dois m'oublier un jour,
Laisse-moít t'adorer encore.*

Ni aun en sus mejores días Derstal lo había dicho de modo más conmovedor. Sugestionado él mismo por el encanto de esta frase tan expresiva, arrastrado por el calor de la situación, se entregó sin reservas, y su hermosa voz resonó potente y flexible en el silencio de la habitación. Brusca-mente se detuvo; las notas expiraron en sus labios y sus dedos se apartaron del teclado. En su imaginación, Eva, «que él había olvidado un día»,

y que sin duda «le adoraba aún», acababa de aparecersele encarnada en la Veneciana, que suplicaba á su amante. Derstal inclinó la frente, apoyó el codo en las téclas y permaneció abstraído. La traición hecha al arte podía rescatarla perseverando en el trabajo; pero la traición hecha al amor, ¿cómo y de qué modo podría repararla? Juzgó la extensión de su doble falta, y se encontró culpable, sin atenuante alguna.

Había abandonado á aquella Eva tan noble y tan grande que encarnaba su arte y lo hacía más precioso. ¿Y por qué? Le pareció que en aquel momento de lucidez no comprendía los móviles á que había obedecido. ¿Cabía comparación entre las dos mujeres, la triunfante y la desdenada? ¿Qué aberración le había alejado de la una y arrastrado hacia la otra? ¿Qué especial seducción había ejercido Susana sobre él? Se vió precisado á reconocer que había cedido al prestigio del dinero. Con verdadera vergüenza se confesó á sí mismo que, como tantos otros á los que tenía por costumbre despreciar, le habían deslumbrado los resplandores de la riqueza. Había sido conquistado por el lujo y la molicie, las dos cosas que hasta entonces le habían parecido esencialmente nocivas para la vida. Entonces se dió cuenta, por el malestar que sentía al convencerse de su villanía, del sentimiento que habían experimentado sus amigos al vérsela cometer.

Comprendió la triste altivez de la actitud de

Eva, herida en el corazón, y la injuriosa rabia de Lavirón, engañado en sus deseos de amistad. No podía acusarles de apasionamiento, pues se acusaba á sí mismo. Lleno de humilde sinceridad, entonó un *mea culpa* en esta hora de dolor. Desesperó de poder rescatar sus errores respecto á sus sinceros y leales compañeros tan cobardemente abandonados; pero se juró que si no podía reconquistar su afecto, por lo menos recobraría su estima. Para conseguirlo sabía que tenía un medio al alcance de su mano: el trabajo. Y resuelto, de una vez y para siempre, á recobrar la libertad de su vida de artista, empezó á pensar en su obra.

III

—¿Sabe usted si Oliverio está vestido ya?— preguntó Susana á su madre, mientras se ponía un sombrero de fieltro, adornado con plumas negras, ante el espejo de su cuarto tocador.

—He dicho á tu hermano que fuese á buscarle á su gabinete— contestó la señora Brandón.— Estás muy bien, Susana; este traje te sienta admirablemente.

Sin responder al cumplido de su madre, la joven hizo un movimiento que revelaba su inquietud.

— No estoy segura de que venga, querida mamá. Ayer noche, cuando le recordé que hoy era

el día fijado para la fiesta por la condesa Waldner, y que nuestra amiga contaba con él, no me contestó. Me parece que quieren hacerle cantar, y aun me figuro que la condesa se lo habrá anunciado á los duques, que tienen deseos de oír á Oliverio. ¿Cree usted que será capaz de negarse á acompañarme?

—No lo creo, Susana. Ha sido siempre tan amable, tan atento y tan complaciente....

Un relámpago iluminó los ojos de Susana. Arrugó los finos guantes de piel de Suecia, y dijo con sequedad:

—Sí, ha sido siempre muy complaciente, tal vez demasiado....

—Estoy viendo que tú misma le aconsejarás que se rebele á tus deseos

—Confieso que si hoy se negara á acompañarme, experimentaría una gran contrariedad; pero también es cierto que en otras ocasiones le he encontrado demasiado dócil....

—Esto define perfectamente tu carácter: quieres dominar, pero ha de ser con lucha. Tu abuelo, el gaicho que domaba caballos salvajes en la cordillera, despreciaba á los que no oponían resistencia. Pretendía que no tenían ningún valor. Tú tienes su sangre en las venas.

—No diré que no, pero también tengo sangre de Brandón, el hombre de negocios, y me gusta que todo vaya con regularidad.

Harry entró sonriendo en el cuarto tocador.